

MUSEO "FELIPE POEY"

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA REPUBLICA DE CUBA

TRABAJO DE DIVULGACION No. 5

NOVIEMBRE 5. de 1964

OBSERVACIONES SOBRE ALGUNOS MAMIFEROS

CUBANOS EXTINGUIDOS

Por

Dr. C. Guillermo Aguayo

(Publicado originalmente en el Boletín -  
de Hist. Nat., I (3), Habana, 1950).

BIBLIC

Número

Folios

Fecha

La publicidad que ha recibido en los últimos años el hallazgo de piezas óseas pertenecientes a varias especies de mamíferos nativos extinguidos, ha motivado la natural curiosidad de cuantos se interesan por la historia natural de Cuba, y revivido la especulación sobre los interesantes problemas de geografía zoológica relativos a las uniones continentales del archipiélago antillano, sobre los momentos de irrupción en las Antillas los Desdentados prehistóricos que habitaron nuestro suelo y sobre las causas de su desaparición.

La inexactitud de algunos de los conceptos emitidos y otros errores sobre la identificación de las especies halladas nos obliga a exponer las presentes notas, muy especialmente por haber colaborado con algunos de los que han recogido el material expresado.

Los Desdentados fósiles de Cuba. - Los primeros restos de mamíferos fosilizados hallados en Cuba fueron examinados por Fernández de Castro y Don Felipe Poe y dados a conocer en comunicaciones enviadas a la Academia de Ciencias de la Habana, las cuales constituyeron acontecimientos científicos que han hecho época en la historia de las ciencias cubanas. Los pormenores sobre dichos hallazgos han sido discutidos ampliamente por Don Carlos de la Torre en varios trabajos publicados en distintas ocasiones, por lo que solamente es necesario recordar que fue—

ron estudiados por dos sabios paleontólogos: Leidy en los Estados Unidos y Pomel en Francia quienes, con pocos meses de diferencia, los clasificaron como pertenecientes a un desdentado gravigrado de la misma familia que Megalonyx jeffersoni Desmarest, de Norteamérica, pero creando un género y una especie diferentes. Leidy lo llamó Megalocnus rodens (gran perezoso roedor) y Pomel lo nombró Myomorphus cubensis (en forma de roedor). El nombre dado por Leidy, publicado en 1888, antecede por algunos meses al propuesto por Pomel y tiene la prioridad de acuerdo con las reglas nomenclatoriales.

Las exploraciones efectuadas en 1910 y 1918 por Don Carlos de la Torre, Barnum Brown y Víctor Rodríguez, en los baños termales de Ciego Montero, cerca de Cienfuegos, y en las casinbas de Jatibonico, extrajeron gran número de huesos de Megalocnus, con los cuales se reconstruyeron dos esqueletos, conservados respectivamente en el American Museum of Natural History de New York y en el Museo Poey de la Universidad de La Habana.

Se hallaron además, osamentas de varias especies animales, cuatro especies desconocidas de desdentados y restos de la tortuga terrestre Testudo cubensis Leidy y de Crocodylus pristinus Leidy (C. rhombifer Cuvier). El material debió haber sido estudiado por la Torre en colaboración con el paleontólogo norteamericano H.A. Anthony, pero el fallecimiento de éste paralizó los trabajos, los cuales fueron publicados sinópticamente por Mr. W. Granger en 1930, para dar a conocer las cuatro especies siguientes de desdentados de la familia Megalonychidae:

Mesocnus browni Mathew.- Especie del tamaño de un perro pastor, dada a conocer por parte del cráneo, mandíbula y algunos huesos largos. (El género Mesocnus muestra relaciones con el Aoracocnus).

Mesocnus torrei Mathew.- Especie ligeramente menor que la anterior y conocida entonces, principalmente, por dos ramas mandibulares.

Miocnus antillensis Mathew.- De tamaño similar a las especies de Mesocnus, y descrita solamente por las mandíbulas. (Se distingue de las especies de Mesocnus por el tamaño menor de los agujeros mentonianos).

Microcnus gliriferus Mathew.- Debió tener el tamaño de un gato y fue estudiada también por las mandíbulas. (El género Microcnus es según Mathew más cercano a Megalocnus que los otros).

Después de las exploraciones antedichas, poco se adelantó en el conocimiento de los desdentados de Cuba. En el año 1942, recibimos en el Museo Poey, procedentes de Baire, Oriente, algunos huesos largos muy bien conservados (fémures, húmeros, etc.) de otra especie, hasta entonces de ignorada presencia, perteneciente al género Aoracocnus y cercana a A. odontotrigonus Anthony,

de Puerto Rico. La falta de huesos craneales y de dientes no permite una identificación adecuada, pero constituye un género que no había sido previamente señalado en la fauna cubana extinguida. Estos hechos fueron dados a conocer en la sesión de la Sociedad Poy de Febrero de 1943.

El género Acratoomus era conocido en Puerto Rico, en donde fue descubierto en 1916 la especie A. odontrigonus Anthony, y en 1918 la que lleva por nombre A. major Anthony. Años más tarde, en 1929, el Dr. G.S. Miller descubre otra especie: Acratoomus comes Miller, en residuarios indígenas de Haití, así como otro género: Paroomus, con una especie P. serus Miller, en la misma localidad.

Se han hallado Gravígrados en las tres antillas mayores - citadas, pero no así en Jamaica, debido tal vez a que hicieron su aparición después que esta isla quedó separada del resto de las Antillas Mayores.

En varias ocasiones hemos recibido huesos de distintos mamíferos hallados en residuarios indígenas y en cuevas que debieron ser habitadas por los aborígenes. Los más frecuentes hallazgos han sido roedores de los géneros Capromys, Geocapromys, y Peromyscus; Insectívoros como Mesophantes micrus; murciélagos, así como fragmentos de huesos y piezas dentarias de Megaloconus.

Ninguno de esos hallazgos, sin embargo, han tenido la importancia de los encontrados en los últimos años en Cayo Lucas y Cayo Salinas cerca de Caibarién, en las Cuevas de Bellamar, y en Pan de Azúcar, Pinar del Río.

Los primeros especímenes de Caibarién procedía de Cayo Lucas, recogidos por los Drs. René Herrera y Oswaldo Morales Patiño hace varios años. Comprendían varias garras y dientes de Megaloconus rodens y mandíbulas de roedores del género Geocapromys, pero en septiembre de 1947 recibimos un gran lote de osamentas halladas en Cayo Salinas, no lejos de Cayo Lucas, por miembros de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

La mayoría de los huesos pertenecía a un desdentado de talla media, que parece ser del género Megacoelus, probablemente Megacoelus torrei. Representan más de cuatro individuos de talla variable, pudiéndose apreciar 3 cráneos, 4 fémures, 9 húmeros, 9 cúbitos, varios radios, numerosas vertebras, escápulas, carpos, tarsos, entre ellos el notable calcáneo, y varias falanges ungueales. Como las descripciones originales de las especies de Megacoelus y Micoconus son muy incompletas, no es posible una correcta identificación sin examinar los ejemplares que sirvieron de tipos. Sin embargo, M. browni se reconoce por el mayor tamaño de la mandíbula y por la forma de los molares inferiores con M<sub>3</sub> más redondeado que en M. torrei. El mérito más importante de este hallazgo ha sido la cantidad de fragmentos óseos encontrados, los que, junto con los cráneos hallados, uno casi

completo, permitirá un estudio más completo de ese género.

Una tercera serie de osamentas en Cayo Salinas fue recogida en la misma cueva citada en Enero de 1947, por los Drs. — Luis Cabrera Torrens, Oswaldo Morales Patiño, René Herrera, — Fernando Royo, Enrique Saladrigas y el que suscribe, durante una excursión organizada por el Grupo "Guamá" con fines principalmente arqueológicos.

Un examen de las características topográficas de la cueva así como de las condiciones del suelo permite avanzar las siguientes consideraciones:

Era evidente que en dicha cueva se habían efectuado varias excavaciones anteriores que extrajeron la mayoría de los restos, por lo que el material recolectado fué muy inferior al que habíamos examinado anteriormente. Apparently los métodos de excavación previamente realizados no precisaron la posición relativa de los huesos con relación a los residuos de la industria primitiva y al de las osamentas humanas. Estas no fueron recolectadas por nosotros en el mismo lugar que los Desdentados.

Encontramos varios restos de animales extinguidos (Megalocnus, Mesocnus, Geocapromys, etc.) al final de una larga galería y en una situación tal que era imposible determinar si su ocurrencia se debía a una acumulación por arrastre, o a un depósito "in situ". A causa de las anteriores remociones del suelo, tampoco fue posible observar si se encontraban en la posición adecuada según las debidas relaciones topográficas de las piezas óseas. No se hallaron cráneos completos ni mandíbula de Megalocnus; pero fue encontrado un maxilar de Mesocnus (?). Se recogieron fémures completos, pero no así humeros. Abundaban las garras, al parecer de dos especies, así como calcáneos, astrágalos, huesos carpianos, tarsianos y falanges.

El estado fragmentario de los huesos de Desdentados contrasta con lo mejor conservado que se hallaban los de Geocapromys especies también extinguidas actualmente en Cuba.

De esas observaciones se deduce, o que fueron arrojados en el mismo sitio por los indios de la cueva, o que fueron arrastrados mecánicamente a dicho lugar; pero esto último no explica necesariamente el estado fragmentario de muchos huesos, como fémures y costillas, pues no hay indicios de que haya existido alguna corriente de agua suficientemente rápida y caudalosa como para arrastrar y triturar huesos pesados. La coexistencia de huesos de Geocapromys, de aves, etc., hace imposible aceptar que todos fueran a morir al mismo sitio, y nos lleva de nuevo a la alternativa o de un acarreo mecánico — poco probable — o de un transporte de propósito por los habitantes humanos de la caverna.



Recientemente los Srs. Núñez Jiménez, Rivero, Arredondo y otros miembros de la Sociedad Espeleológica nos comunicaron -- restos de Megalocnus y Microcnus procedentes de las Cuevas de "Bellamar", en Matanzas, y de otra Cueva de "Pan de Azúcar", -- Pinar del Río.

Por último, el Dr. José Álvarez Conde, ha realizado hallazgos de Megalocnus en la Sierra de Meneses, Las Villas, así como piezas dentarias de un Desdentado aparentemente mayor que M. rodens.

Es bien conocido que el estudio de los desdentados fósiles ofrece muchas dificultades por las variaciones debidas a la edad, el sexo y las naturales diferencias individuales, y no tiene nada de particular que los estudiosos de las especies antillanas hayan sido algo liberales en reconocer 6 géneros y 9 especies. No obstante, es imposible ahora decidir sobre el acierto de la creación de dichos grupos, y sería poco práctico tratarlos de reunir en menor número.

A propósito de los hallazgos de Cayo Salinas leímos en la prensa diaria que dichos restos de mamíferos pudieran haber pertenecido a Megalonyx jeffersoni ( por un error persistente en todo el artículo fue llamado Megalocnus jeffersoni ) y se expresa la duda de si ambas especies fueran en realidad una sola. Si esta afirmación hubiera sido enunciada por un paleontólogo experimentado, basada en pruebas osteológicas, hubiera extirpado hasta sus raíces los fundamentos de la clasificación de ese grupo de mamíferos fósiles y hubiera sido necesario revisarla por completo. Dicho así, "a priori", constituye una osadía dudar de la seriedad científica de los sabios Leidy y Pomel, de Fernández de Castro, Poey, la Torre, Barnum Brown, Mathew, y de cuantos paleontólogos han estudiado los expresados restos. Todos han manifestado el criterio unánime de considerar al fósil cubano como género y especie distintos del norteamericano.

Entre Megalonyx jeffersoni Desmarest y Megalocnus rodens Leidy, hay tantas diferencias osteológicas que han permitido la inclusión de esos dos géneros tribus diferentes de la familia Megalonychidae. La especie cubana muestra más semejanza con los Desdentados subamericanos de Santa Cruz que con las especies norteamericanas. Hay muchos caracteres diferenciales, pero los siguientes son los de más rápida apreciación: Megalonyx jeffersoni alcanzó la corpulencia de un toro, mientras que nuestro Megalocnus parece haber sido menor que un oso negro. La mandíbula de Megalonyx es ligeramente cónica por debajo, con la sínfisis amplia y casi recta, y con los molariformes anteriores cilíndricos y colocados a la manera de los caninos. La mandíbula de Megalocnus es muy angulosa en su borde inferior, casi romboidal, prolongada y oblicua, con los molariformes anteriores colocados muy por delante, comprimidos y en forma de incisivos, como los de los roedores. Los húmeros de Megalocnus poseen un amplio --

agujero epicondilar que los distingue de otros géneros. Hay diferencias en los fémures, garras, huesos innominados, vertebras lumbares, en fin, casi todos los huesos muestran caracteres notables que los distinguen de Megalonyx y lo acercan al género - Hapalops de América del Sur. Según Kraglievich, una especie de la formación Entrerriana, Amphicoelus paranensis, descrita por él, "es un probable precursor del Megalocnus de la Isla de Cuba".

La extinción de los Desdentados. - La aparición y extinción de los gigantes del reino animal constituyen motivos muy interesantes de especulación en el campo de la filosofía biológica. - La desaparición de los grandes Ortópteros paleozoicos, de los enormes escorpiónidos del Silúrico, y de los gigantes Hoplites, especies de anónites jurásicos, son ejemplos conocidos del crecimiento exagerado de ciertos invertebrados, así como de subrusco desvanecimiento. Otro tanto ha ocurrido con muchas agrupaciones de Vertebrados, tales como los enormes tiburones de los mares terciarios, los batracios Labirintodontes, las salamandras gigantes, que fueron confundidas por Schautzer como regtos humanos ( el famoso Homo diluvii testis ), los importantes reptiles mesozoicos, los mamíferos de talla descomunal que vivieron perezosamente en el inestable clima de la Era Cuaternaria. Todos constituyen motivos más que suficientes para llenar de interrogaciones el espíritu inquisitivo del científico.

Cuáles fueron los factores ecológicos y cuáles los genéticos que produjeron ese crecimiento exagerado de la talla? Cuál fue esa ley casi general que produjo la estupenda corpulencia - en esos grupos de mamíferos pleistocénicos? Ciervos y elefantes, lobos y canguros, osos, tigres y perezosos, siguieron en su evolución rectilínea? el mismo curso: un incremento "ortogénético" ? de la masa hasta sobrepasar los límites adecuados para la preservación de la especie. Como toda super especialización, la talla desorbitada no pudo resistir los cambios ambientales ni adaptarse a un medio hostil. Los problemas fisiológicos que crean el metabolismo, la regulación térmica, la locomoción, etc. de las masas orgánicas no pudieron ser "resueltos" - al variar las condiciones ambientales y ... era demasiado tarde para volver atrás. La evolución orgánica, una impulsada "aristogénicamente", sigue al parecer en línea recta, como por inercia, sobre pasa el normal desarrollo y determina su brusca extinción cuando le es imposible variar al compás de las modificaciones del ambiente.

La explicación sobre los posibles cambios ecológicos que propiciaron el exterminio de los colosos cuaternarios, ha sido motivo de controversia, lo cual es un índice de que debieron ser varias las causas que concurrieron a dicho fin: variaciones climáticas, disminución de la alimentación, nubes de polvo, competencia con los carnívoros, epidemias, etc., y por fin la aparición del hombre.

Los Desdentados del Nuevo Mundo, que navegaron su tardo paso por las planicies continentales, desde la Patagonia hasta la América del Norte, tuvieron su origen en el Oligoceno de Sud América y, extendiéndose hacia el Norte, una vez formado el istmo de Panamá ( y tal vez antes ) llegaron al territorio actual de los Estados Unidos durante el Plioceno, para alcanzar su máximo desarrollo en la Era Cuaternaria. Otra rama debió llegar a las Antillas (Según Kraglievich durante el Mioceno ), poblando Puerto Rico, Española y Cuba, sin tocar a Jamaica, ya separada del resto de las Antillas como isla independiente. Por dónde llegaron es un asunto que debe ser discutido en otra oportunidad.

Como en otros órdenes de mamíferos, los Desdentados prehistóricos siguieron una curva muy aguda de incremento en masa, que culminó en los gigantes como Megatherium (mayor que un elefante) los Mylodontidos los Megalonychidos y los Glyptodontidos. Su apogeo se vio cortado por una desaparición casi simultánea en todas las regiones americanas, y solo algunos grupos coexistieron con el hombre indígena y, otros pocos, de talla pequeña, han persistido hasta la era actual en la región neotropical (Armadillos, Hornigueros y Perezosos).

La posible existencia del hombre americano con los grandes mamíferos pleistocénicos ha sido apuntada varias veces por inferencias deducidas de un gran número de descubrimientos realizados en toda la América, desde la Patagonia hasta los Estados Unidos, en los cuales se ha observado la asociación de restos de grandes cuadrúpedos con manifestaciones de la cultura aborigen.

El hecho más conocido de todos, y al cual se le ha dado mayor publicidad, es el hallazgo de puntas de flechas de sílex (puntas de Folsom) encajadas en vertebrae de bisontes ancestrales norteamericanos. Este descubrimiento ha hecho pensar que el llamado "Hombre de Folsom" era una raza antiquísima que existió 12 o 13 mil años atrás, por suponerse al expresado bisonte exclusivamente pleistocénico. Según Scott, el razonamiento no es necesariamente correcto, "porque muchos mamíferos pleistocénicos persistieron hasta solamente algunos siglos, en los llamados "tiempos históricos" (Scott, 1937, p.260).

Los proboscídeos que vivieron durante el plioceno y pleistoceno en las altiplanicies sudamericanas, alcanzaron probablemente los tiempos históricos, según puede apreciarse por el siguiente párrafo tomado de Scott: "En Ecuador se encontró en 1929 el esqueleto de un mastodonte sudamericano (Cordillerion) que evidentemente había sido matado por los indios, los que habían levantado un círculo de fuego alrededor de su cadáver para el más conveniente asado de la carne, y habían renovado las costillas de un lado y colado fuego dentro de la cavidad del cuerpo. Algunas cantidades de fragmentos de cerámica pintada e

e implementos de piedra habían quedado en el campamento, las que junto con el esqueleto fueron sepultadas por el deslizamiento de tierra de un acantilado situado al pié de la víctima. El Dr. Spillmann, de Quito, describió este notable hallazgo, estimando su antigüedad en los comienzos de la era cristiana". (Scott, — 1937, p.261).

Los perezosos fósiles del género Nothotherium, encontrados en una caverna de Nuevo México por el profesor Lull, con sus ligamentos y fragmentos de piel adheridos al esqueleto, deben ser de tiempos muy modernos. Estos restos se conservan en el Museo de la Universidad de Yale.

El profesor Alfred S. Rorer, actualmente director del Museo de Zoología Comparada de la Universidad de Harvard, ha descrito el cráneo de una gran llama (Camelops), con gran parte de la piel adherida a él, encontrado en una cueva del estado de Utah.

Grandes especies extinguidas de pecaríes, bisontes y del castor gigante (Castoroides) han sido encontradas en depósitos postglaciales, y hay muchos otros casos de mamíferos pleistocénicos que han sobrevivido en los tiempos modernos". (Scott, — 1937, p. 251.)

Tal vez el descubrimiento más espectacular de restos de animales que pudieron haber vivido con el indio americano haya sido el hallazgo, en 1898 de una gran pieza de la piel de un Desdentado extinguido (Cryptotherium listai Aneghino), en la parte meridional de Patagonia. El Dr. Glover M. Allen, desaparecido zoólogo de la Universidad de Harvard, resume los hechos de la manera siguiente:

"En una nota preliminar, F. Aneghino la describió brevemente ( la piel ) y, creyendo que se trataba de un nuevo género relacionado con el extinguido Myledon, lo nombró Neomyledon listai, en honor al infortunado explorador Lista. Este había descrito lo que él creyó se trataba de un ejemplar viviente (de Desdentado ) en la región oriental de la base de los Andes, pero es probable que se equivocó cuando identificó un animal que vio pasar rápidamente. No obstante, el hallazgo, poco después, de la porción de la piel con los pelos intactos, y con pequeños nódulos óseos incluidos en ella, como es característico de los Myledontidos pleistocénicos, levantó en dicho tiempo la esperanza de encontrar ejemplares vivos. Con este objeto, H. Hesketh Prichard, se encaminó hacia la región, dando cuenta de ello en su libro " A través de la Patagonia". No encontró pruebas, sin embargo, que el misterioso animal aun existiera.

"La pieza de piel sobre la que se basan las referencias al animal (descrito por Aneghino) estaban tan frescas que el pelo y el suero, aunque secos se encontraban intactos..... La piel se descubrió en una gran caverna en donde, poco después, se hi-



oieron sucesivas investigaciones por Hauthal, geólogo del Museo de la Plata. Allí encontró no solamente otro pedazo de piel, sino también varios huesos rotos de más de un individuo, de una gran especie de perezoso en un notable y reciente estado de conservación. Descubrió además dientes de un caballo extinguido y porciones de los huesos largos de un gran felino. En asociación con los restos del perezoso encontró también trazas de fuego que se hallaban claramente en el mismo depósito del llamado Neorlydon. Todos los restos se encontraron bajo tierra, en el suelo de un enorme salón, que parecía haber sido artificialmente cerrado con rudos muros. En un lugar había, esparcido, un espeso depósito de excrementos de algún herbívoro gigante, evidentemente el mismo perezoso; en otro lugar estaban asociados con una extensa acumulación de heno cortado. El Dr. Hauthal y sus colegas, concluyeron que la caverna fue un viejo corral en donde los perezosos habían sido alojados y alimentados por el hombre.

"De interés particular son las masas de excrementos que según se ha determinado, estaban constituidas principalmente por hierbas. Algunas briznas aparecían bien cortadas y sugieren que lo mismo que las piezas de heno encontradas en asociación con los restos, habían servido para alimentar a los animales por sus captores humanos". (Allen, 1942, p.376).

¿Coexistió el indio antillano con los desdentados?.— La fauna isleña suele contener especies animales remanentes de faunas extinguidas en continentes vecinos; verdaderos fósiles vivientes que se han librado de los factores externos que han destruido a sus congéneres en los continentes vecinos. Ejemplo clásico lo constituye la presencia de insectívoros zalambedontes en las Antillas: los llamados Amiquies (Solenodon), cuya distribución geográfica actual, y su posible filogenia son de lo más intrigantes. Vivientes en Cuba y Española, representando sólo tres formas, no tienen más parientes vivos cercanos que los Centétidos de la región Malgache. Los fósiles americanos se reducen a pequeñas especies del género Apernodus del Oligoceno de América del Norte. Como no hay fósiles centroamericanos de esa época ni de las siguientes, ni tampoco los hay antillanos en ningún terreno, no es posible discernir cómo han llegado a las Antillas ni en qué época. Algunos resucitan para ello el viejo continente o puente Gondwana que pudo unir al Africa con la América del Sur. Otros invocan la teoría de Wegener. Por ahora es imposible especular acertadamente sobre dicho asunto.

Los perezosos fósiles antillanos bien pudieron haber persistido, por causas típicas ecología insular, hasta época más reciente que sus parientes continentales. Como argumentos en favor de esa posibilidad se citan a continuación los hallazgos de mamíferos fósiles en residuarios indígenas de Haití, estudiados por G. A. Miller, conservador de Mamíferos del U.S. National Museum; quien expresa:



"No tengo duda de que uno o ambos perezosos (Acratoecnus pomea y Paroecus serus) existieron en la isla hasta el advenimiento del hombre. Los hechos que me han conducido a esta conclusión son los siguientes:

"a.- En las dos cuevas cerca de St. Michel, la mayoría de los restos de perezosos se encontraron dentro de los dos pies de la superficie; y huesos humanos y cerámica ocurren a la misma profundidad sin indicaciones de que hayan sido metidos allí.

"b.- Cerca de la entrada de la más pequeña de las dos cuevas principales, huesos de perezosos (ciertamente dos, y tal vez más individuos) estaban inexplicablemente mezclados con huesos humanos (adultos y niños) y de cerdos domésticos. Los restos estaban esparcidos entre los pequeños fragmentos de caliza que constituyen la parte principal del suelo, y no he podido determinar relación alguna de nivel entre ellos.

"c.- Cerca de la entrada de la cueva grande desenterré — con una pala, entre un material fino, blando sin disturbar, situado en el fondo de una trinchera de dos pies de profundidad, el fémur de un perezoso y, a 18 pulgadas de él, un fragmento de cerámica oscura gruesa. No pude hallar evidencias de previas excavaciones. Los huesos y la cerámica tenían el aspecto de haber sido depositados en el suelo de la cueva y subsecuentemente cubiertos por la gradual acumulación de detritus.

"d.- Ambas cuevas están situadas al lado de una gran altura, donde el material que compone sus pisos es renovado por la acción de las corrientes.

"e.- En general los huesos de los perezosos estaban asociados con los restos humanos exactamente de la misma manera — que los huesos de los roedores Isolobodon y Plagiodontia (Jutías), que se conocen positivamente como contemporáneos del hombre. (Miller, 1929, p.25.26).

Más adelante entrega el Sr. Miller:

"El nombre pomea (compañero) alude a la circunstancia de que el ejemplar tipo se encontró tan íntimamente asociado con fragmentos de cerámica que constituye un fuerte soporte a la creencia que el animal existió en Haití contemporáneamente con el hombre" (Miller, 1929, p.28).

Y en otro trabajo publicado el mismo año expresa el señor Miller:

"Estos huesos (penúltima falange de los dígitos posteriores 2 ó 4 de Acratoecnus pomea) se encontraron en los "kitchen-midden" en la entrada sur de la más exterior de las dos cuevas. Fue desenterrado a una profundidad de no más de 4 pies, cerca del fémur de Quenisia (especie de roedor del tamaño de un cerdo, citada por Oviedo con el nombre de Quení), con el cual conviene por su conservación perfecta y aparentemente inalterada.



Ambos huesos, aparecen, en lo que es posible determinar por una inspección superficial esencialmente en el mismo estado que los de Plagiodontia con los cuales estaban asociados. No parece — existir la más ligera duda que el perezoso fue un miembro de la fauna recientemente exterminada por el hombre en la Hispaniola". (Miller, 1929, a :11).

Refiriéndose a Cuba el Sr. Glover Allen dice como sigue:

"Si bien Acratocnus y Parocnus no se extinguieron tal vez hasta épocas recientes, posiblemente hasta el descubrimiento de las Antillas por los europeos, los perezosos cubanos pudieran haber desaparecido en épocas anteriores. Hasta ahora no parece haberse descubierto nada que pueda indicar que los perezosos — cubanos fueron contemporáneos de hombre primitivo" (Allen, 1942 p. 40 - 41).

La declaración de Allen, expresada en 1942, queda dubitada por los hallazgos recientes de Cayo Lucas, Cayo Salinas y por otros ejemplares en nuestro museos procedentes de residuarios indígenas.

De la lectura de la serie de trabajos de Miller sobre los Desdentados de Hispaniola, y de su probable destrucción por el Indio, se infiere la posibilidad de hechos análogos en las especies de Cuba, pues las condiciones climáticas son las mismas, las vicisitudes geológicas han sido similares, y las razas de indios que las habitaron parecen haberla poblado épocas no muy lejanas. Aunque la inferencia de dichos hechos era innegable como lo ha expresado Allen no se conocían hallazgos que así lo confirmaran. Sin embargo, en diversas ocasiones hemos examinado huesos de perezosos hallados en residuarios indígenas, siendo los primeros que nos llamaron la atención los restos encontrados en Cayo Lucas por Herrera y Morales Patiño, pues según los expresados colectores que ofrecen garantía de precisión y veracidad se hallaron mezclados con restos humanos, con otros huesos de animales recientes y con ejemplares de la cultura indígena, todos al parecer en idéntico estado de conservación. Desde entonces, no tuve la menor duda de la posibilidad de la coexistencia de indios y perezosos, aunque la ausencia de referencias históricas o legendarias sobre animales cubanos de gran talla — pudieran ser argumentos negativos. Los más recientes hallazgos de osamentas en Cayo Salinas, por la Sociedad Espeleológica, especialmente en las especies más pequeñas del género Mesocnus, no resisten la expresada argumentación. Por otra parte, entre los nombres de animales cubanos citados por Oviedo y por las Casas, hay algunos que no han podido ser identificados con certeza con las especies vivientes conocidas.

No existe ningún argumento biológico ni paleontológico ni geológico que se oponga a dicha posibilidad, en cambio hay muchos hechos que permiten suponer la coexistencia entre ambos organismos: los perezosos y los indios.

Según los exploradores que recogieron los restos de Cayo Lucas y Cayo Salinas, el material estaba íntimamente mezclado con huesos de otros animales, con restos humanos, y con artefactos de la cultura indígena: esferas de piedra, conchas, etc. Todos los huesos examinados por nosotros presentan el mismo estado de alteración: color, consistencia, fragilidad, etc.

Es claro que la expresada opinión sobre la posible extirpación de nuestros perezosos por los indios tienen muy escasa trascendencia, tanto biológica como histórica. Lo primero porque los desdentados gravemente se encontraban biológicamente en estado de senilidad y su desaparición era inevitable. La acción del hombre hubiera sido tan solo precipitar el fatal acontecimiento. Desde el punto de vista etnológico, el que los indios nuestros comieran perezosos, engulleran jutías y devoraran papagayos, no debió haber tenido influencia para su desarrollo cultural y su perfeccionamiento físico.

En los últimos años se ha ideado un método para determinar la edad relativa de las osamentas encontradas en un depósito, basado en la cantidad de fluor que ha sustituido a los fosfatos naturales de los huesos. Este método aún no se ha aplicado en Cuba, y tal vez dé la clave sobre la cuestión tan debatida de la época de extinción de nuestros desdentados. No obstante, si dichas pruebas expresaran que los huesos de animales pertenecen a edades diferentes de la de los indígenas, posiblemente habría que investigar lo mismo en los hallazgos de Haití y de otras regiones similares en donde parece haber habido asociación de huesos humanos con animales pleistocénicos, porque las condiciones ecológicas son semejantes a las de Cuba y los mismos razonamientos habría que aplicarlos a ellas bien en un sentido o en otro.

Los insectívoros.— Nuestro único insectívoro viviente: el Almiquí, está representado por dos razas: Solenodon (Atopogale) cubanus Peters y Solenodon (Atopogale) cubanus poeyanus Barbour. Ambas formas han sido halladas vivas, hasta ahora, solamente en la región montañosa oriental de Cuba, el primero en la Sierra Maestra, y el segundo en el grupo montañoso Baracoa-Sagua de Tánamo. No obstante, son bien conocidas las referencias de la Sagra, Poey y Gundlach sobre un mamífero llamado "Tecuapiche", de las sierras de Trinidad que estimaron idéntico al almiquí. Es curioso que los restos del almiquí hayan sido muy raros en estado fósil, y en residuarios indígenas. Exploraciones de la Sociedad Espeleológica en Cuba, en cuevas de Pinar de Azúcar, Pinar del Río permitieron hallar fragmentos en un cráneo de Solenodon, lo cual extiende su área de dispersión arcaica por toda la isla. Por la falta de dientes no nos es posible ahora determinar si se trata de una especie o raza diferente de las de Oriente, pero nos inclinamos a creer que así sea, pues si en la misma provincia oriental se han podido determi-

Las subespecies geográficas, es muy posible que la de la -  
pinarense haya sido también distinta. Al mismo tiempo -  
este hallazgo refuerza la presunción de que el mamífero llama-  
do Tacuache, hallado en Trinidad pudiera ser del género Soleno-  
don como lo creyeron en un tiempo Poey y Gundlach.

Los dos insectívoros extinguidos en Cuba: Mesophontes pi-  
crus Allen y M. longirostris Anthony (género de musarañas exclu-  
sivo de las Antillas Mayores) se han hallado repetidamente en  
cuevas y residuarios indígenas. De ellos el de mayor distribu-  
ción parece ser M. micrus, que ha sido encontrado en varios lu-  
gares de Cuba y de la Isla de Pinos, y tenemos restos de algu-  
nas localidades de la República. Recientemente la Sociedad Es-  
peleológica nos ha facilitado ejemplares hallados en las cerca-  
ñas de la Ciudad de la Habana y de la Playa de Santa Fé, en-  
contrados también con restos indígenas.

La persistencia aunque los Mesophontes se encuentran en -  
cuevas hace pensar su extinción por la acción de las lechuzas;  
pero su hallazgo en residuarios indígenas nos permite suponer-  
que pudieron haber sido capturados por los indios en épocas re-  
lativamente recientes. Los hábitos nocturnos de las "musara-  
ñas" y su pequeño tamaño las hace poco visibles para el hombre,  
pero pudieron ser atrapadas por las aves de rapiña nocturnas, -  
y por los indios que habitaron cuevas. Tal vez a ellos se deba  
su gradual extinción y persistencia hasta épocas históricas. -  
Es posible que alguna, o ambas, de esas especies puedan aún --  
existir en nuestros pocos montes firmes de las regiones monta-  
ñosas, y de otros lugares apartados, en donde no sería facil-  
mente advertidos por el hombre, pues podrían confundirse fácil-  
mente con las ratas. Hay que recordar que la "Jutía Enana" --  
(Capromys nana Allen) fue descubierta en estado fósil en cuevas  
de Martí, Matanzas, y años más tarde en un cayo de la Ciénaga-  
de Zapata.

Los Roedores. Entre los mamíferos terrestres antillanos, -  
los más importantes son los Roedores Histriciformes conocidos  
vulgarmente con el nombre vulgar de "Jutías". De ellas hay cua-  
tro especies vivientes en Cuba y dos razas en la Isla de Pinos.  
En estado fósil se han encontrado tres: Geocapromys columbi-  
nus Chapman, Boromys ofella Miller y Boromys torrei Allen.

Al estudiar la fauna de los residuarios indígenas se ad-  
vierte la frecuencia de restos de Jutías, unas veces correspon-  
dientes a las vivientes "Jutía Conga" y "Jutía Carabalí" y --  
otras veces, confundidos con ellas, los de las extinguidas Geo-  
capromys y Boromys, así como de la semiextinguida "Jutía Ena-  
na". Es prudente afirmar, pues que la desaparición de ellas ha  
sido debida en parte, por lo menos, a la influencia del indio  
cubano. El género Geocapromys tiene representantes aún vivien-  
tes en Jamaica.

Hechos examinado varias veces ejemplares de Geocapromys ha



hallados junto a restos de Desdentados, lo cual constituye un argumento más a favor de la tesis de la posible existencia de dichos grandes mamíferos hasta época muy reciente. En Cayo Sagiras recogimos, como hemos indicado previamente, restos de Megalocerus y Mesocerus junto con los de Geocapromys, y en otros lugares se han encontrado con los de Hesperomys.

Los Quirópteros.— En los depósitos de las cavernas son a menudo muy abundantes los huesos de murciélagos, sus naturales habitantes, a veces entre los mismos residuarios indígenas; aunque es posible aceptar una relación de estos hallazgos con las manifestaciones de la cultura indígena, más parecen una coincidencia de depósitos.

La determinación de las diversas especies encontradas es relativamente fácil si los cráneos están bien conservados, por que la mayoría de los restos hallados pertenecen a especies aún vivientes. Hay dos especies que solamente se conocen en estado fósil; Natalus pringi y Phyllotis vetus.

Los Cánidos.— En otras ocasiones nos hemos pronunciado categóricamente en favor de aceptar la existencia en Cuba precolombina de un perro doméstico, al que llamó Colón el "perro que nunca ladró", y que ha sido denominado luego el "perro mudo". Creemos innecesario repetir aquí los argumentos en favor del perro antillano, tan bien descrito por Oviedo. Algunos cráneos y otros huesos han sido encontrados en residuarios de Haití y aceptados por Miller como similares a los de los perros domésticos de algunos indios sudamericanos.

En Cuba han sido escasas las osamentas de perros encontradas en restos de cocinas de los indios; pero hemos examinado varias, y un cráneo se hallaba en posesión de Don Carlos de la Torre en el año 1923. No está demás reconocer lo difícil que resulta distinguir los restos óseos de los perros indígenas de los de los canes domésticos actuales, labor que solamente puede efectuarla adecuadamente un experimentado especialista comparándolo con grandes series de ricos museos. Las dificultades de sus estudios aumentan cuando se examinan solamente fragmentos imperfectos, como ranas maxilares y mandibulares. Por eso, al recibir huesos craneales, en ningún momento nos atrevíamos a afirmar que proceden de perros precolombinos, y mucho menos de "perros mudos", porque no sabemos que la ausencia de la facultad de ladrar que es propia también de algunos perros jibaros, de los lobos, etc., deje huellas indelébles en los huesos de la cabeza.

Queremos aprovechar esta ocasión para dar las gracias más cordiales a quienes han contribuido al incremento de las colecciones del Museo Poley con el donativo de ejemplares procedentes de cuevas y residuarios. Muy especialmente a la Sociedad Espeleológica de Cuba, la cual ha depositado en nuestros gabinetes ejemplares procedentes de sus numerosas exploraciones.



Asimismo deseamos dejar constancia de nuestro agradecimiento al Grupo Guaná por su atenta invitación a la excursión a Cayo Salinas efectuada en enero de 1948.

Y, para terminar, ante los frecuentes errores en las clasificaciones zoológicas que se advierten en algunos informes de otras disciplinas, estamos en el deber de recordar que en la Paleontología, como en la Zoología, los estudios se basan en la más cuidadosa observación, y sus deducciones se desprenden de la más sana lógica derivada de los restos observados, por lo que debe evitarse con el mayor cuidado establecer afirmaciones "a priori", que tienden a confundir a quienes leen dichos trabajos en su afán de instruirse. Bastante tenemos con las equivocaciones de los entendidos, casi siempre fructífera, para agregar las muy peligrosas de quienes "en alas del entusiasmo dejan arrastrar su imaginación por el soplo embriagador de la fantasía".

#### BIBLIOGRAFIA

Allen, Glover M.

- 1942 "Extinct and Vanishing Mammals of the Western Hemisphere", Spec. Public. No. 11. American Comm. for Inter. Wild Life Protection, XIII, 620 p.

Anthony, H.A.

- 1926 "Mammals of Porto Rico", So. Surv. Porto Rico, 9 (2), Rodentia and Edentata, 97-241, pl. 16-54.

Buxsey, Russell C.

- 1944 "Historical Geology", Mc. Graw Hill Co., N.Y., VII, 491 p.

Brasilevich, Lucas

- 1940 "Obras de Geología y Paleontología", Vol. I, La Plata, Argentina.

Mathew, W.D.

- 1931 "Genera and New Species of Ground Sloths from the Pleistocene of Cuba", Amer. Mus. Novit. 511, 5p.

Miller, G.S.

- 1929a "A Second collection of Mammals from Caves near St. Michel, Haiti" Smiths. Mis. Coll. 81 (9).  
1929b "Mammals eaten by Indians, Ours and Spaniards in -

the Coast region of Dominican Republic", Smith-  
Min. Coll. 81 (9):30p., 10 pl.

Schuchert, Charles

- 1935 "Historical Geology of the Antillean-Caribbean Re-  
gion", John Willey & Sons, XI, 811 p.

Romer, Alfred S.

- 1941 "Man and the Vertebrates", 3<sup>rd</sup> Ed. Univ. Chicago --  
Press, VIII, 405 p.  
1945 "Vertebrate Paleontology", 2<sup>nd</sup> Ed. Univ. Chicago --  
Press, VIII, 687 p.

Scott, William B.

- 1937 "A History of Land Mammals of the Western Hemisphe-  
re", Mc Millan Co., N.Y., 787 p. (Revised Ed.).

Torre, Carlos de la

- 1910 "Restauration of Megalocnus rodens, and discovery -  
of a Continental fauna in Central Cuba" Extr. du -  
Compte Rend, du XI Congr. Geol. Intern p.1023,1024  
1910 "Osamentas encontradas en las Casimbas de la Sierra  
de Jatibonico" Comprobación de la Naturaleza Conti-  
nental de Cuba a principios de la Era Cuaternaria",  
Rev.Fasc. Letras y Ciencias, Habana. Separata, 16p.  
1910 "Investigaciones paleontológicas realizadas en las-  
Sierras de Vifiales y Jatibonico", Idem, p.204-216.  
1916 "Presentación del esqueleto restaurado del Miono-  
prhus o Megalocnus rodens", Men.Soc. Cubana Hist.-  
Nat. 2 (3) :94-101.

Torre, Carlos de la y W.D. Mathew

- 1915 "Restauration of Megalocnus rodens and Description-  
of three New Genera of Cuban Ground Sloths", Bull.  
Soc.Geol. America, 26 :152